

Infamia

Ana Salazar



Image not found.

Capítulo 1

MARINA.

Veinticinco de julio de 1981, un caluroso sábado de verano en la costa de Sinaloa, el temporal se veía cerca, tal vez un ciclón decían las señoras "ya grandes", como suelen decir los lugareños. Marina Trigueros buscaba con desesperación quien la llevara al hospital porque había entrado en labor de parto y de Luciano, su pareja, ni sus luces.

Como pudo llegó a la puerta llevando una bolsa de plástico con una muda de ropa limpia, y dos trajecitos que había comprado para el bebé. Por suerte estaban las vecinas en su acostumbrada charla vespertina con sendos abanicos echándose aire. Doña Matiana la vió y se levantó de un salto

-Niña, ya se te rompió la fuente- y luego gritó- anda Chabela y dile al Toño que traiga un sitio. Chabela salió corriendo con toda su humanidad y al cabo de un momento llegó el Toño con una pulmonía, un carro descubierto muy típico del puerto, y salieron rumbo al Sanatorio del Sagrado Corazón.

Aquí, entre religiosas y doctores, nació Azucena. Con apenas 49 centímetros y 2.65 kilos era un bebé sano y fuerte. Se la llevaron a Marina Trigueros para que le diera de comer, estaba exhausta y a los pocos minutos cayó en un sueño profundo.

Al despertar, vio el sol brillar entrando por la ventana. Tenía sed y estaba adolorida, a pesar de su garganta seca gritó: -¡Enfermera, doctor! Al cabo de unos minutos llegó una religiosa vestida con su blanco uniforme. -Diga, ¿que se le ofrece hijita?-

-Agua, por favor- y la enfermera le sirvió agua de una jarra que estaba en el pasillo. -¿Dónde está mi niña?- preguntaba Marina Trigueros mientras la hermana le ayudaba a sentarse. -Tengo que darle de comer, por favor hermana, tráigamela-

La hermana ignoró a Marina y salió inmediatamente de la habitación. Acto seguido entró un doctor quien dijo llamarse Emeterio Torralba y sin decir más le administró un sedante. La desesperación se empezó a adueñar de Marina, a la vez que el sedante iba haciendo efecto.

Al día siguiente encontraron a Marina Trigueros tirada en la playa, inconsciente y drogada. La llevaron a un dispensario y salió a los dos días con el cuerpo y el alma destrozados. De su hija no volvería a saber más. Al regresar a su casa, la encontró vacía. Lo poco que había quedado estaba roto o tirado en el suelo. Fue a ver a los vecinos pero no estaban.

Un rato más tarde llegaron doña Matiana y la Chabelita de misa. –Niña, ¿qué te pasa criatura de Dios?-gritó doña Matiana al ver el estado de Marina Trigueros. –Chabela rápido ve a traerle algo de almorzar a esta niña. Jesús bendito, pero mira que trazas.

Marina Trigueros aún algo aturdida, le relató entre amargas lágrimas cómo de un momento a otro su hija había desaparecido. Doña Matiana la abrazó y la meció, consolándola. La Chabelita trajo un vaso grande de leche bronca y un bolillo con frijoles y queso fresco. Marina no tenía apetito y apenas probó bocado. Doña Matiana le contó que cuando llegaron del sanatorio encontraron la casa de Marina abierta y a Luciano sacando las cosas, y también que al preguntarle qué pasaba Luciano le contestó –No se meta vieja argüendera-

-No me meto, Luciano. Pero es que acabamos de llevar a Marina al sanatorio porque ya va a parir. Vete pa allá. Pa que veas nacer tu hijo.- contestó doña Matiana. A lo que ya no obtuvo respuesta de Luciano. Al cabo de un rato terminó de vaciar la casa y se fue sin decir nada.

Después de descansar un rato, ella y doña Matiana fueron a la policía a denunciar la desaparición de la niña. No obtuvieron apoyo de las autoridades, solo recibieron un trato frío y un sinnúmero de preguntas que sólo ponían en entredicho la reputación de Marina Trigueros. Por la tarde empezó a sentir escalofríos y por la noche estaba ardiendo en fiebre. Doña Matiana mandó al Toño por el doctor del barrio, Don Miguel Carmona. La revisó y le administró unos antibióticos fuertes. Llamó a doña Matiana y le dijo –Esta niña tiene fiebre puerperal, doña Matiana. –Ay doctor hábleme en cristiano, ¿Qué es eso? –Es una infección que afecta a mujeres después del parto, sobre todo si no hubo los cuidados necesarios. No le voy a mentir doña Matiana, esta niña está muy mal lo mejor será llevarla a un hospital. También me gustaría revisar a la criatura, para ver que todo esté en bien. – Ay doctor- dijo doña Matiana con la voz entrecortada por el llanto y procedió a relatar los hechos ocurridos en los tres últimos días.

El doctor Carmona llamó una ambulancia, y llevaron a Marina Trigueros al Hospital General del puerto. Lamentablemente la infección dio lugar a una pelviperitonitis y Marina Trigueros exhaló su último aliento la madrugada del 29 de julio de 1981.

Ese mismo día la velaron en la que había sido su casa y doña Matiana le mandó oficiar una misa en la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen. Después depositaron su cuerpo en una fosa común. Sin una cruz o una lápida que registrara su lugar de descanso eterno. Sin nadie que le llevara flores cada año.

Al terminar el novenario doña Matiana fue a pagar tres misas por el descanso eterno del alma de Marina Trigueros. Al llegar a la parroquia vio que el padre estaba oficiando un bautizo, y se quedó a la misa en lo que

esperaba a que se desocupara el sacerdote. Observó a los padres de la criatura, una niña supo después. Los reconoció, eran doña Isabel y don Carlos Valdez un matrimonio muy querido en la colonia tenían seis hijos ya crecidos por lo que a doña Matiana se le hizo raro que estuvieran bautizando a un bebé tan pequeño. Claro, pensó, seguro es de alguna de sus muchachas que les salió con su domingo siete y pa taparle el ojo al macho lo hacen pasar por suyo. Y así lo creyó Doña Matiana hasta el último día de su vida.

Lo que nunca se imaginó es que esa niña era precisamente la hija desaparecida de Marina Trigueros, a quién su padre en contubernio con el doctor Torralba sustrajo de la clínica del Sagrado Corazón y fue a abandonar a las puertas de la parroquia donde al día siguiente fue encontrada por el sacerdote. Al ver que nadie reclamaba a la niña y el poco interés de las autoridades el buen sacerdote consultó con los Valdez como proceder y ellos como personas de buen corazón y alma caritativa se ofrecieron a adoptarla.

Y así fue como Azucena Rossi Trigueros, pasó a ser Cristina Valdez Ponce. La séptima hija de Carlos e Isabel Valdez y la luz de sus ojos.

Capítulo 2

22 de octubre de 1992, a pesar que el otoño hacía más de un mes que había llegado al puerto el calor seguía con todo su esplendor. Este año no hubo ciclones ni lluvias fuertes, tan solo algunos chubascos que no hacían más que aumentar el vapor y la humedad haciendo el calor más insoportable.

Era un jueves como cualquier otro cuando Malena y su prima Dolores decidieron ir a visitar a su abuela al pueblito donde vivía. Era un pueblecito a las afueras del puerto, que atravesaba justo por la mitad la carretera internacional, que a su vez era la calle principal de esa comunidad.

Malena de apenas 11 años ya sabía andar sola en los camiones, su madre la había enseñado desde los 7 años a desplazarse por su cuenta. Dolores dos años menor, era todavía un poco menos independiente, de naturaleza miedosa pero siempre acompañaba a Malena a donde fuera. Así que ese día al salir de sus respectivas escuelas pidieron permiso a sus madres y se fueron a visitar a la abuelita.

Su abuela, Caridad, vivía al lado izquierdo de la carretera cerca del panteón. Tenía una casa amplia con el tradicional porche de los pueblos de alrededor. También una salita pequeña, una antesala, una cocina comedor amplia y un amplio galerón donde había tres recámaras apenas divididas por cortinas. También tenía un patio enorme con un huerto pequeño, un gallinero y un corral que daba hacia el camino del río.

Ella vivía sola con su nieto Alonso. La madre de Alonso trabajaba en Estados Unidos, para poder sostener la casa y su familia. Alonso era un muchacho de dieciséis años, alto y moreno. También trabajaba en una carreta de tacos para ayudar a su abuela y pagar sus estudios.

Ese jueves las niñas llegaron después de las cinco de la tarde a casa de su abuela, quien las recibió con mucha alegría. No se podía decir que fuera muy cariñosa, pero sí gustaba de las escasas visitas que recibía. Dejó a las niñas encargadas con su primo Alonso, para irse a la adoración al Santísimo Sacramento y a misa de seis. Convencida de que a los niños no les llama la atención las "cosas de vieja".

- Vamos a jugar a las películas- dijo Alonso. Las niñas poco convencidas prefirieron ir a cortar naranjas y limones del huerto de la abuela. Mientras Alonso se puso a hacer ejercicio con una pesas que había hecho con latas llenas de cemento y unos palos de escoba. Así pasó una hora y después los tres se metieron a la casa a la espera que llegara la abuela de la

iglesia.

Mientras encendieron el viejo televisor de mueble de la abuela que aun era a blanco y negro, sentados en un sillón de dos plazas. Al fin llegó la abuela Caridad de misa y todos se pusieron a ayudar para preparar la cena. Después de cenar entre las dos niñas recogieron la mesa y lavaron los trastes. La abuela se retiró a acostarse y los tres nietos se quedaron platicando en la salita de la entrada.

Mientras platicaban Alonso empezó a frotarse contra las niñas, éstas al principio pensaban que era cosas de primos. Después de un rato Malena empezó a sentirse incómoda y le dijo -¡Ay ya!, hazte para otro lado, está haciendo mucho calor. Mira como tienes el short, ¿que te pasó?

Alonso sin ningún pudor se bajó el short y la trusa enseñándole a las niñas su miembro erecto. Las dos corrieron asustadas pues a pesar de tener ambas hermanos varones, nunca habían visto un pene en su vida. Al día siguiente, al susto le siguió la curiosidad, al fin de cuentas Alonso era su primo y ellas le tenían cariño y confianza. Y fue así que empezaron a platicar con él de temas que en sus casas ni por asomo se atreverían a mencionar.

Unas semanas después la mamá de Dolores tuvo que salir de emergencia y dejó a la niña encargada con su abuela. El domingo por la tarde, la abuela Caridad tuvo que ir a un rancho vecino a ver lo de unas rentas pendientes y dejó solos a Alonso y a Dolores. Les dijo que volvería al día siguiente.

Alonso aprovechó para convencer a la niña de jugar al doctor. Él, por supuesto, era el doctor. Al principio la niña, de nueve años, aceptó por pensar que se trataba de un juego inocente. Pero nada más lejos de la realidad.

- Buenas tardes señora- dijo Alonso- ¿Qué le duele? Pase para revisarla. La niña se acercó pensando que la iba a revisar como lo hacía regularmente su pediatra. Sin embargo él empezó a desnudarla poco a poco, Dolores empezó a sentir miedo, pues hasta entonces comprendió que algo estaba mal. Quiso alejarse pero Alonso la sujetó bien del brazo y empezó a besarla. La niña luchaba por desprenderse de él ahogada en llantos y gritos de terror. Fue entonces cuando él la aventó contra la pared provocando que se rompiera el puente de la nariz y cayera al suelo casi inconsciente. Excitado por la adrenalina del momento Alonso no solo abusó de la niña, sino que la golpeó hasta provocarle la muerte.

Al percatarse de lo que había hecho, se desesperó. Había sangre en la pared, en el piso, en su ropa. Y ahí estaba el pequeño cuerpo de Dolores inerte, con el rostro deforme por los golpes y el rictus de la muerte. - ¿Y ahora que voy a hacer?- se repetía a sí mismo. Tomó el cadáver y lo

enredó entre las sábanas de la cama. Lo levantó y fue caminando hacia el patio, atravesó la huerta y el corral. Salió por la puerta que daba al camino del río y se fijó hacia los lados para percatarse que nadie lo viera.

Fue caminando despacio con el bulto bajo el brazo, escondiéndose entre los árboles y las matas para que nadie lo viera. Casi llegando a la orilla del río vió el foso de una hacienda abandonada, tiró el cadáver al piso y empezó a quitar los ladrillos que sujetaban la tapa de lámina. Una vez que terminó movió la tapa y divisó el fondo del tiro. Oscuridad total. Recogió a Dolores y la aventó hacia las profundidades del pozo, sólo se escuchó un sonido ahogado. Volvió a acomodar la tapa de aluminio y sobre ésta los ladrillos.

Regresó corriendo, sin aliento. Se sentía perseguido y a la vez excitado. Tomó una botella de cloro y se puso a fregar el piso y las paredes, pero parecía imposible quitar esas manchas. Cuando pareció satisfecho tomó los trapos y la ropa manchados de sangre y los quemó en el patio. Después se dió un baño para quitarse el olor a sangre, semen y muerte que llevaba pegados al cuerpo.

Tomó una maleta pequeña y puso en ella sus pocas pertenencias, fue hacia el tocador de su abuela y abrió el tercer cajón de la derecha. Vacío el contenido sobre la cama y quitó el fondo falso. Ahí estaban los ahorros de Caridad, lo que mes con mes iba guardando para lo que se ofreciera. Tomó todo el dinero y se fue de la casa.

La abuela Caridad regresó al día siguiente del rancho, se le hizo raro encontrar la puerta abierta. Cuando entró a la casa vió que la sala y el comedor estaban en orden, pero al ver el cajón del tocador y sus cosas desparramadas sobre la cama pensó que habían entrado a robar. Empezó a gritar: -!Dolores! !Alonso!

Pensando lo peor, fue hacia las otras habitaciones y percibió el olor a cloro. También vió algunas manchas oscuras en la pared y el piso, e inmediatamente supo que era sangre. !Ay madre mía! !Dios santísimo! ¿Qué pasó aquí? - clamaba mientras lloraba amargamente pensando que un ladrón la había arrebatado a sus nietos

Salió de la casa lo más rápido que le permitieron sus cansados pasos y comenzó a gritar por auxilio. !Socorro! !Por piedad alguien ayudeme!! Mis niños! Salieron rápido los vecinos a ver que pasaba, pero sólo un par de ellos se compadecieron de ella y se ofrecieron a ayudarla. Cuando le comunicaron a la madre de la niña lo ocurrido se quizo volver loca, dejó de comer y de dormir, enfermándose gravemente de los nervios. A pesar de los esfuerzos de la policía local y de algunos vecinos no dieron con el paradero de ninguno de los dos.

Algunos años después Caridad se enteró por medio de la policía que Alonso estaba preso en Moclova, Coahuila cumpliendo una condena de ocho años por violar a una menor. Cuando Caridad fue a visitarlo, Alonso le contó sin ningún remordimiento lo que había hecho con Dolores.

A los días, la policía encontró el cuerpo de Dolores en el pozo de la hacienda justo como le había revelado Alonso a Caridad. La madre de la niña lloró inconsolablemente al saber la verdad, nunca de perdonaría haber dejado a su hija en manos de semejante monstruo. Lamentablemente los restos ya estaban muy deteriorados por el agua y lo poco que quedaba fue enterrado en una pequeña urna. Nunca pudieron probar ante las autoridades el crimen de Alonso, así que al cumplir su condena salió libre. No se supo más de él en el pueblo.

Capítulo 3

ALEJANDRA

4 de septiembre de 1984. Alejandra Colmenares limpiaba su casa, había dejado dormida a su pequeña de 2 años, Vanessa y aprovechaba el tiempo para poner la casa al día. La casa era amplia y fresca. Tenía dos recámaras grandes, un baño completo muy espacioso. Un salón comedor y una cocina del tamaño de las recámaras, el patio también era amplio y contaba con un cuarto de lavado y un baño pequeño.

Recién se habían mudado ella y su esposo, Sergio Rivera gracias a que le dieron la promoción de gerente de la sucursal bancaria en la que trabajaba, era sin duda un profesionalista con grandes posibilidades. Estudió Licenciatura en Administración en la Universidad del Estado graduándose con excelentes calificaciones. Un hombre muy inteligente, con mucho carisma y don de convencimiento; que no tardó en acomodarse en el banco e ir escalando posiciones.

Él y Alejandra se conocieron cuando Sergio cursaba el quinto semestre de la carrera y ella apenas había terminado la preparatoria. Alejandra decidió estudiar para secretaria ejecutiva bilingüe, pero jamás ejerció ya que cuando terminó los cursos se casó con Sergio y no la dejó trabajar argumentando que ella no tenía necesidad, ya que él la podía mantener. Así fue como Alejandra poco a poco fue dependiendo cada vez más de las decisiones de Sergio.

Mientras continuaba aseando la casa, decidió poner una lavadora y empezó a separar la ropa. Primero lavaría la ropa de Sergio, después la suya y de la niña. Y así continuó el día, cerca del mediodía la niña despertó. Alejandra había preparado una comida sencilla, sopa de fideos, bistec a la mexicana y agua de tamarindo. Sergio llegaría a comer a la una en punto, así que mientras tanto dió de comer a su hija.

Exacto como un reloj llegó Sergio, de muy mal talante por cierto. Alejandra sabía que lo mejor era no provocarlo, últimamente la agredía por cualquier motivo. Empezaba a tenerle miedo. Le sirvió la comida y le acompañó a la mesa.

-¿Cómo va tu día? Hoy la niña durmió casi toda la mañana y aproveché para limpiar e ir al mandado. Sergio no respondió, terminó de comer y se echó un rato en el sofá. La pequeña Vanessa fue a acurrucarse junto a él y juntos vieron la televisión hasta que Sergio regresó a su trabajo.

Alejandra lavó los trastes y limpió la cocina. Después bañó a la niña y la vistió. Salieron como a las cuatro rumbo a casa de su madre, Apolonia Salcido. Ahí dejó encargada a la niña y salió sin decir a dónde o con quién iba. Regresó después de las siete y media a casa de su madre, quien le informó que Sergio había pasado por la niña y se había molestado por no encontrarla ahí.

La angustia se apoderó de Alejandra, se fue directo a su casa pensando en qué podría decirle a Sergio para evitar una escena como las que últimamente se producían entre ellos. No podía decirle que había estado buscando trabajo, porque sabía que él no lo aprobaba. Pero ella quería ser algo más que una simple ama de casa.

Cuando llegó a su casa, casi a las ocho de la noche, Sergio la estaba esperando en la sala. Ella sintió un escalofrío recorriendo su espina dorsal. Algo no estaba bien.

-Sergio, mi vida ya llegué ¿y la niña?, voy a darle de cenar.- dijo mientras se dirigía a la habitación. Sergio la tomó del brazo y la jaló con fuerza haciendo que cayera al piso.

-¿Con quién estabas?- gritó.

-Con nadie- respondió entre sollozos Alejandra. Esto hizo que Sergio se alterara más, siempre le exasperaba que ella llorara por todo. - Te lo juro, yo fui a ver a unas amigas de la escuela.-Alejandra se fue incorporando e instintivamente fue retrocediendo.

-¡No mientas maldita zorra!, hace semanas que te estás viendo con alguien. No me vas a ver la cara de estúpido- dijo Sergio en un alarido de rabia mientras la tomaba de ambos brazos y la estrujaba. Ella intentó zafarse y correr pero entonces Sergio la tomó de los cabellos y estrelló su cabeza contra la pared provocándole un fuerte dolor y una sensación de mareo.

- Ya por favor, ya no Sergio ¿qué tienes?¿por qué me haces esto? Piensa en la niña.- dijo mientras se recuperaba del golpe y lloraba sin poder contenerse.

-¡Cállate infeliz! Eres una cualquiera, te voy a enseñar que conmigo nadie juega. Sergio fue a la cocina y volvió con un cuchillo.

Alejandra gritó, pero nadie hizo caso. Gritó de impotencia, de desesperación, de terror. Corrió, pero él la alcanzó antes de llegar a la puerta y la golpeó en el estómago. Después empezó a golpearla en la cara. Ella se escabulló y corrió esta vez hacia el baño pero tropezó y

Sergio nuevamente la tomó del brazo.

La primera herida fue en la palma de la mano derecha al intentar cubrirse el rostro, siguió una segunda que casi le corta un dedo de la mano izquierda. Alejandra como pudo corrió y entonces sintió la primera puñalada en la espalda. A esta siguieron otras tantas en los brazos, un par atravesaron los pulmones, otra en el bazo, el corazón y finalmente la carótida.

En total fueron treinta y cinco puñaladas, según el reporte del médico forense las que recibió Alejandra Colmenares. En la prensa llegaron a informar que habían sido entre cincuenta y noventa y seis. Sin importar el número exacto, la única verdad es que falleció desangrada en la sala de su casa. Fue encontrada por su madre a la mañana siguiente quien preocupada por la actitud temerosa de Alejandra decidió ir a verla. La puerta estaba abierta, la habían emparejado ligeramente.

Los vecinos dijeron que habían escuchado una discusión pero que no le dieron importancia. Sergio huyó hacia el norte, lo encontraron algunos meses después intentando cruzar ilegalmente a los Estados Unidos. En ningún momento negó el crimen, sólo dijo que lamentaba dejar sola a su pequeña Vanessa.